

dos en idénticas condiciones, presenten una diferencia tan notable en cuanto a la duración de su existencia, que llega a triplicar con exceso el de las generaciones nacidas en primavera y verano, sin presentar ninguna diferencia en cuanto a su aspecto exterior. Pero aún hay otra particularidad más notable. Sabemos todos que las glándulas cervicales, destinadas a segregar el líquido destinado a nutrir a las larvas durante todo el período de tal existencia, bien suministrándosele puro, tal cual lo segregan, bien mezclándolo con néctar y polen en los tres y medio últimos días del referido período larval, sabemos todos, digo, que estas glándulas se atrofian anulándose cuando la abeja cumple los diecisiete a veinte días de edad, y, sin embargo, vemos con asombro la paradoja de que las abejas nacidas en el otoño son perfectamente aptas para criar a sus hermanas de las nuevas puestas de enero o febrero: esto es, que actúan sin dificultad alguna como nodrizas abejas de cien o más días de edad, cuando debieron quedar incapaces para cumplir tales fines a los veinte días de existencia.

Al buscar una explicación a tan extraña paradoja, una de las muchas que presenta la colmena, se atribuyó la conservación de tales energías juveniles al hecho de haber pasado estas abejas la casi totalidad de su existencia quietecitas dentro de la colmena formando una piña para disfrutar del necesario calor y con un régimen de comida pudiéramos decir algo restricto.

No se daba así realmente una solución muy científica al problema, ni mucho menos concordante con cuanto podemos ver en el desarrollo y tránsito de edades de otros seres observables con más facilidad

y seguridad que las abejas, pero, como tampoco era ilógica tal teoría, se aceptó con complacencia por prácticos y algunos investigadores.

He escrito "algunos" porque, por fortuna, siempre existen otros más exigentes o menos contentadizos, capaces de seguir días, meses y años realizando investigaciones hasta llegar a desvelar de modo completo y plenamente satisfactorio el misterio que se presenta.

Así acaba de ocurrir recientemente con el problema que pudiéramos llamar de la prolongada juventud de las abejas de invierno. Schiler, con mucha paciencia y un buen microscopio, ha comprobado que tales abejas de invierno presentan una diferencia notable con sus hermanas de verano por cuanto tienen en la parte inferior del abdomen en contacto con los artejos quitinosos de su dermoesqueleto una gruesa capa o capas celulares, entre las cuales se almacena en microscópicas gotitas materias grasas, materias albuninoideas y una pequeñísima cantidad de glicógeno. Pudiéramos decir en un símil vulgar que tal capa celular equivale a la joroba del camello y a la gruesa cola del cordero Karacul, en la cual llevan, como en una mochila, reserva de alimentos suficientes para poder resistir sin quebranto períodos de ayunos más o menos prolongados.

Comprobado en los centros de estudios apícolas la existencia de tales capas grasas se las ha denominado de común acuerdo "Órgano de Schiler", en justo homenaje a su descubridor.

Para cuantos cuidamos colmenas constituye una valiosísima enseñanza saber la existencia del órgano de Schiler en las abejas nacidas después del verano, toda